

LECCION XXXV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Domingo de Ramos.—Sus varias denominaciones.—Procesion.—Origen del canto *Gloria, laus*, etc.—Misa, Pasion.—Miércoles Santo.—Oficio de las Tinieblas.—Jueves Santo.—Espíritu y division del oficio.—Absolucion de los penitentes.—Misa, bendicion de los santos óleos.—Monumento.—Ceremonia de desnudar los altares.—Lavatorio de los piés.

I. Domingo de Ramos.—Hasta ahora hemos ido siguiendo los pasos del Hombre-Dios al aproximarse insensiblemente á Jerusalem, donde debia derramar su sangre por la redencion del mundo. Cinco dias antes de su muerte llegó al pueblo de Bethania poco distante de Jerusalem y se albergó en la casa de Lázaro. Por la mañana púsose en camino hácia Jerusalem montado en un pollino seguido de su madre ¹. Esta circunstancia, tan pequeña en la apariencia, no se habia ocultado á la vista perspicaz de los Profetas. Entrando de este modo en la ciudad, á la manera de los antiguos jueces ó conductores de Israel, el Salvador manifestaba ser verdaderamente el Rey pacífico, el Hijo de David, el Enviado de Dios anunciado por los oráculos. El pueblo lo conoció. Luego que se divulgó la noticia de su llegada, una innumerable multitud de gente salió á recibirle, llevando ramos de olivo en las manos y llenando los aires con estas aclamaciones: ¡*Hosanna al Hijo de David! Bendito sea el que viene en nombre del Señor!* cuyas palabras, así como los ramos que se echaban á su paso, probaban que los judíos le tenían por el Mesías ². El pueblo todo acompañó á Jesús hasta el

¹ Credibilis est Christum Dominum, asino perpetuo insedis, et asinam vacasse. Quamobrem Ecclesia, in quadam ex orationibus quas adhibet in distributione et processione palmarum, ait: *Omnipotens sempiterne Deus, qui Dominum nostrum Jesum Christum super pullum asinæ sedere fecisti.* (Bened. XIV, pag. 70, n. 6).

² Animadvertendum est probe, turbas iisdem gaudii signis Christum Dominum excepisse, quibus tabernaculorum festum celebrare consueverant, qui-

templo, donde dirigió á la multitud un admirable discurso, durante el cual se oyó retumbar en el cielo una voz potente como la del trueno, que dió á conocer manifiestamente su divinidad: último avisó que Dios daba á los judíos para que no manchasen sus manos con la sangre del Justo, y para que no se precipitasen en el abismo al que les empujaba la Sinagoga.

En medio de su triunfo, el Salvador, que sabia hasta dónde llegaba el endurecimiento de la ingrata Jerusalem, movióse á compasion. «Al ver la ciudad, nos dice el Evangelio, lloró sobre ella. Si «al menos en este día, decia suspirando, supieras aprovecharte de «mi visita y quisieras ponerte en paz con el cielo;... mas no, que «ahora todo esto está encubierto á tus ojos ¹.» Y al mismo tiempo corrian abundantes lágrimas por las mejillas del Hombre-Dios. Padre tierno, llora porque se verá precisado á castigar.

II. Procesion.—El domingo de Ramos, la Iglesia celebra esta entrada triunfante del Salvador en Jerusalem. Antes de la misa, bendícese las palmas y en seguida se empieza la procesion. Los ramos que suelen llevarse son ramas de palmera, de olivo, laurel, sáuce y otros árboles estimados, segun la localidad; y donde la estacion lo permite se adornan á veces con flores. De ahí los varios nombres de domingo de *Ramos*, domingo de las *Palmas*, de *Pascua florida* ², con que se designa este dia. La procesion que se hace antes de la misa es muy antigua en Oriente: créese que trae su origen de la Palestina, de donde se extendió en breve á todos los demás países. En aquellos remotos tiempos se llamaba *procesion de las Palmas*. En el siglo v ó vi pasó á la Iglesia latina; aunque ya antes de aquella época se hacia en la Iglesia de Roma, de la cual se transmitió en seguida á las demás iglesias ³.

Esta procesion es una representacion conmemorativa de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem. Al llegar enfrente de la estacion, se canta el Evangelio segun san Mateo, en que se

bus... venturi Messiae contineri præsagium arbitrabantur. (Bened. XIV, pagina 73, n. 12).

¹ Luc. XIX, 41.

² Pocos son los que saben que á este nombre de *Pascha floridum* debe el suyo un vasto país de América. Los españoles dieron el nombre de *Florida* á una gran comarca de la América del Norte, cercana á Méjico, por haberla descubierto el dia de Pascua florida, ó de Resurreccion, del año 1513. (Garcil. de la Vega, *Descubr. de la Florida*).

³ Bened. XIV, pag. 78, n. 20.

refiere aquel glorioso acontecimiento; luego se hace la adoracion de la cruz, y despues el clero y el pueblo echan al suelo algunas hojas de los ramos que tienen en las manos, en memoria de los ramos que los judíos tendieron por el camino triunfal de nuestro Señor. Terminado el canto de los responsos y antifonas mas adecuados á las circunstancias, la procesion se para á la puerta de la iglesia, que se encuentra cerrada por cierta razon misteriosa que vamos á explicar. La Iglesia, remontándose súbitamente á la consideracion de las mas sublimes verdades, ha querido representarnos, con el candoroso lenguaje de las ceremonias, el estado en que se hallaba el género humano antes de la entrada de Jesucristo en la Jerusalem celestial. Las puertas de aquella Jerusalem estaban cerradas para los hombres; pero moraban en ella los Ángeles.

Entre tanto los monacillos, es decir, los niños, imágen de los Ángeles en la tierra, han penetrado en la iglesia, y con sus puras voces cantan el cántico eterno: *Gloria, laus et honor*; Gloria, alabanza y honor sean á tí, Cristo, Rey redentor. Y los fieles que están á la parte de afuera, figurando los hombres desterrados del cielo, repiten el cántico de los Ángeles: *Gloria, alabanza y honor*, etc. Entonces el celebrante, imágen de Jesucristo, llama á la puerta con el cuento de la cruz, porque la cruz es la llave que nos ha abierto las puertas del cielo, y dice: *Alzad, ó príncipes, vuestras puertas, y levantaos vosotras, ó puertas eternas*¹. Y los Ángeles preguntan: *¿Quién es este Rey de la gloria?* Y responde el sacerdote: *El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla*. En seguida llama otra vez, y levantando un poco la voz, reitera la orden de abrir: *Alzad, ó príncipes*, etc.

En Francia, antes de los trastornos revolucionarios, la procesion salia de las ciudades muradas, y la ceremonia que ahora se hace en la puerta de la iglesia se hacia entonces en la puerta de la ciudad. De este modo la representacion era mucho mas expresiva y guardaba mucha mas conformidad con las palabras del sacerdote: *Attollite portas*, etc.: *Alzad, ó príncipes, vuestras puertas, y levantaos vosotras, ó puertas eternas*; cuyas palabras se refieren á la traslacion del arca santa de la casa de Obededon á Sion. Para entender su verdadero sentido literal, debe saberse que las puertas de Jerusalem estaban he-

¹ Psalm. xxiii.

chas, como las de las ciudades fortificadas, en forma de rastrillo, y se alzaban y bajaban perpendicularmente¹.

Esta ceremonia se verifica tres veces consecutivas; á la tercera vez ábrese la puerta, y el sacerdote, es decir, Jesucristo, y los fieles que le acompañan, los cuales ha ido reuniendo en el camino de la vida, entran todos juntos en la iglesia. Antiguamente, así que el sacerdote pasaba el sagrado umbral, los monacillos y los demás fieles que estaban en la iglesia besaban sus ramos en honor del glorioso vencedor del demonio y de la muerte. Hoy dia se canta todavía una antifona que recuerda la entrada triunfante de los escogidos en el cielo despues del juicio final.

Algunas iglesias, para hacer mas perceptible este misterio, practicaban una magnífica ceremonia. Antes de la procesion, se disponia una credencia ricamente adornada, en medio de la cual se colocaba el libro de los Evangelios, como en representacion de la persona de Jesucristo. Reuniase al rededor todo el clero para solemnizar su triunfo. Distribuidos los ramos, y ordenada ya la procesion, los diáconos tomaban el libro de los Evangelios, lo colocaban en unas magnificas angarillas, y lo llevaban en hombros al modo que se llevan las urnas de las santas reliquias, rodeados de una multitud de cirios, en medio de una nube de incienso, precedidos del clero y seguidos de todo el pueblo con ramos en las manos. A esto se agregaban las cruces, los pendones, los estandartes de las cofradías y todo cuanto podia aumentar la pompa de esa representacion de la entrada triunfante de Jesucristo. Por lo demás, la procesion terminaba como termina en el dia².

Al pararse ésta á la puerta de la iglesia, se canta el *Gloria, laus*, etc. El origen de este cántico merece, por sus especiales circunstancias, que lo consignemos en este lugar. Teodulfo, obispo de Orleans, pontífice ilustre por su talento y virtudes, habiendo sido denunciado como conspirador, fué preso y encerrado en la cárcel de Angers por orden del rey Luis el Bueno. Durante su cautividad compuso el famoso himno *Gloria, laus*, que contiene setenta y ocho versos. El domingo de Ramos hallándose Luis en Angers, pasó por delante de la cárcel en que estaba encerrado el Obispo, á tiempo que éste, puesto á la ventana detrás de las rejas, entonaba su alegre cán-

¹ Racional litúrgico.

² Alcuin. *De div. offic.* pag. 45.

tico; y fué tanto lo que agradó al Monarca, que puso en libertad al autor y le restituyó á su sede episcopal ¹.

Tales son, en resúmen, las ceremonias particulares del domingo de Ramos. Decid ahora, sublimes ingenios que tanto hallais qué decir en las santas prácticas de la Iglesia católica, ¿podríais indicarnos una manera mas propia de recordar el interesantísimo acontecimiento de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem? Vamos á ver; excogitad un medio mas á propósito para impresionar los sentidos, la imaginacion y el alma del pueblo, para cautivar su corazon é inspirarle sentimientos de fe y de piedad. Y cuando digo el pueblo, quiero decir todos los hombres, sin exceptuaros á vosotros, grandes filósofos; porque, como todos vuestros semejantes, teneis sentidos, y á vuestros sentidos es menester dirigirse para mover con seguridad vuestro corazon. No sois ángeles; así lo prueba vuestra conducta: el imperio prodigioso, la especie de fascinacion que ejercen sobre vosotros las cosas *sensibles*, el oro, la púrpura, los ricos adornos, los vestidos bordados, y á veces las criaturas mas viles, son otras tantas pruebas de que sois *pueblo* como vuestros semejantes.

En cuanto á nosotros, ó cristianos, dos son los sentimientos que deben embargar nuestro corazon durante la procesion de los Ramos: la alegría de ver el triunfo del Salvador y de pensar cuál será nuestra futura recompensa cuando entremos con él en la Jerusalem celestial, y la tristeza al reflexionar que esos mismos judíos, cuyas aclamaciones llenaban entonces los aires, cinco dias despues atronaron las calles de Jerusalem con sus gritos de muerte y los contornos del Calvario con blasfemias é injurias contra aquel mismo á quien recibian ahora como hijo de David. ¡Ah! ¡cuántos judíos hay entre los cristianos! No seamos nosotros de este número. Debemos tambien llevarnos los ramos bendecidos á nuestras casas, conservarlos con gran respeto, emplearlos para rociar con agua bendita nuestra cama al ir á acostarnos, y considerarlos, segun nos lo enseña la Iglesia, como un preservativo de los males espirituales y corporales.

El oficio del domingo de Ramos está exclusivamente destinado á lo glorificacion del Salvador. Por esto en la misa se canta la Pasion. Aquí tambien la Iglesia, para pintarnos mas al vivo los tremendos acontecimientos de la divina Pasion, nos hace oir tres voces: la voz

¹ Durand. *Rational, Div. offic.* lib. VI, c. 67.

del historiador que refiere los hechos, que es la del diácono; la de los judíos y del pecador que acusa á su Dios y pide su muerte, que es la del subdiácono, y la voz de la ilustre Víctima que en medio de sus verdugos conserva la mas noble serenidad y toda la mansedumbre de un cordero, que es la del presbítero. Parece que uno asiste á la ejecucion de aquel terrible drama: el terror, la indignacion, la piedad, la admiracion, se apoderan sucesivamente de nuestra alma, causándonos una impresion mucho mas viva que la simple lectura de la Pasion. ¡Oh Iglesia católica, qué bien conoces la naturaleza del hombre ¹!

III. Tinieblas.—El Lunes, Martes y Miércoles Santos, la Iglesia continúa recordándonos los varios acaecimientos que precedieron á la Pasion del Salvador; y por último, en la tarde del Miércoles empieza el oficio de las Tinieblas, el cual se compone de los Maitines y Láudes del dia siguiente, que se cantan aquel dia con anticipacion. Designase esta parte del oficio con el nombre de *Tinieblas*, porque en su última parte se van apagando todas las luces, para significar la gran tristeza de la Iglesia, y tambien para representar las tinieblas que envolvieron la tierra cuando murió Jesucristo. La extincion de las luces nos recuerda además un hecho histórico de nuestra hermosa antigüedad cristiana. El oficio que ahora se celebra por la tarde se celebraba antiguamente por la noche, y duraba hasta la mañana siguiente, y á medida que se iba acercando el dia, se apagaban sucesivamente las luces, que ya no eran necesarias.

Estas luces eran y son todavía velas de cera puestas en un gran candelabro de forma triangular que se coloca al pié del altar al lado del Evangelio. Generalmente las velas son quince en número, siete á cada lado y otra en medio, las que se apagan de una en una al fin de cada salmo, empezando por la mas baja de la parte del Evangelio, luego la del otro lado, y así sucesivamente hasta que solo queda la de en medio, que se deja encendida. Son todas de cera amarilla, conforme á una antigua disposicion romana, por ser de esta clase las que usa la Iglesia en los funerales y ceremonias de gran luto. Sin embargo la de en medio del candelabro triangular es de cera blanca porque representa á Jesucristo. Al llegar al último versículo del *Benedictus*, se quita esta vela del candelabro y se oculta

¹ Palestrina añadió otra voz que es la del pueblo. (Véase las *Tres Romas, Domingo de Ramos*).

detrás del altar mientras se recita el salmo *Miserere* y las oraciones, y despues se vuelve á sacar. Esta ceremonia representa la muerte y la resurreccion del Salvador. Las catorce velas restantes figuran los once Apóstoles y las tres Marias, y el acto de apagarlas sirve para recordarnos la fuga de los unos y el silencio de los otros durante la Pasion ¹.

El número y la disposicion de estas velas y el modo de apagarlas son anteriores al siglo VII ². ¡ Con qué veneracion, pues, debemos mirar una ceremonia que han contemplado tantas piadosas generaciones! ¡ Ojalá que excite en nuestro corazon los mismos sentimientos que excitó en el corazon de nuestros padres! En general, los ritos de la Iglesia, principalmente los que se usan en las grandes festividades, derivan de una remota antigüedad.

Todo el oficio de las Tinieblas respira el mas profundo dolor. No hay invitatorio, ni himnos, ni *Gloria Patri*, ni bendiciones. Solo se oyen cuatro voces: la de David que llora con su lira los ultrajes y la muerte de su Hijo y Señor; la de Jeremías que con el mas lastimoso y doloroso acento canta la ruina de Jerusalem y los tormentos de la augusta Victima; la de la Iglesia cuyas patéticas exhortaciones excitan á sus hijos á la penitencia: *Jerusalem, Jerusalem, conviértete al Señor tu Dios*; y por último la de las santas mujeres, que habiendo seguido á Jesús desde Galilea, subian llorando en pos de él la cuesta del Calvario, y cuyas lágrimas, cuyos lamentos, cuyo triste viaje nos representan los dos clérigos que cantan, andando de rodillas, sus *Kyrie eleison*, interrumpidos por resposos y lastimeros suspiros.

No hay jefe ni pastor que presida el oficio de estos tres dias, porque escrito está: *Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño* ³. Todo es tristeza y luto: cesa el clamor de las campanas; óyese despues del oficio un ruido confuso y lúgubre que nos recuerda la marcha tumultuosa de la cohorte que, armada de palos y conducida por Judas, fué en medio de la noche á prender á Jesús en el huerto de los Olivos ⁴. La *matraca*, que se usa en los conventos y

¹ Durand. lib. VI, c. 72.

² Mabillon, *Musæum ital.* t. II, pág. 22.

³ Matth. xxvi, 31.

⁴ *Doctimus per hos dies intermitti campanarum sonum, et ligna quædam adhiberi fragoris in modum obstrepentia, ut extet memoria illius consuetudinis convocandi per illorum lignorum strepitum primis Ecclesiæ sæculis fideles ad divina officia; in veteribus ritualibus præscribi ut campanæ per hos dies*

en ciertas iglesias para llamar á los fieles al oficio en los últimos dias de la Semana Santa, es una reminiscencia de los antiguos tiempos en que se anunciaban las santas asambleas por medio de unas tablas de madera. Con esto la Iglesia parece que nos dice: Si soy tan fiel en la conservacion de unas prácticas al parecer tan poco importantes, juzgad con qué fidelidad guardaré el depósito de las verdades santas que se me han confiado. Descansad, hijos míos, en mi solicitud; no temais que disipe el patrimonio de vuestro padre: tal es el oficio del Miércoles.

IV. Jueves Santo.—El Jueves Santo es el día destinado á celebrar la institucion de la augusta Eucaristía. La Iglesia nos muestra en este día, por una parte al Hijo de Dios buscando entre los tesoros mas preciosos de su amor una prenda nueva, incomparable, de su afecto para con los hombres; y por otra parte á los hombres prodigando toda suerte de injurias y ultrajes, y maquinando la muerte de aquel amable Salvador. Aquel día quisiera uno tener muchos corazones, porque no basta uno solo para contener los opuestos sentimientos que inspira ese sublime contraste; contraste que la Iglesia procura hacer resaltar á los ojos del pueblo cristiano. En efecto, el oficio de la mañana respira la mayor alegría, al paso que el de la tarde está impregnado de la mas sombría tristeza. El primero se divide en cuatro partes: la absolucion de los penitentes, la misa y la bendicion de los santos óleos, la ceremonia de desnudar los altares, y finalmente el *mandato* ó lavatorio de los piés.

El obispo, luego que llega á la iglesia, se pone sus ornamentos, se coloca en medio del coro, y allí, acompañado de dos sacerdotes, reza de rodillas los siete salmos penitenciales. Siguen despues varias oraciones y versículos con los que se implora para los penitentes el perdón de sus pecados, y el obispo concluye con una patética oracion con que ruega al Señor que abra otra vez las puertas del redil á las ovejas penitentes, para que el Salvador no se vea privado del fruto de su sangre, y para que unas almas rescatadas á tan gran precio no sean víctimas eternas del demonio. Entonces el pontifice, volviéndose hácia la extremidad inferior de la iglesia, que era donde se colocaban antiguamente los penitentes, les da la absolucion en

sileant, quæ cum Christi prædicatores significant, ideo earum sonum intermitti, quod apostoli Christum in maximis cruciatibus Passionis, arrepta fuga, deseruerint. (Bened. XIV, pag. 123, n. 48).

nombre de Jesucristo que murió en cruz para romper las cadenas que les ataban al pecado. Esta interesante ceremonia es otro vestigio de nuestra venerable antigüedad.

En los tiempos en que se practicaba la penitencia pública, el miércoles de Ceniza los penitentes, como ya hemos visto, eran echados públicamente de la iglesia. El Jueves Santo por la mañana aquellos hijos pródigos acudían á las puertas del templo vestidos con cilicios y con la cabeza cubierta de ceniza. Á la hora fijada íbaseles á buscar allí, y se les conducía ceremonialmente á la iglesia á presencia de los ministros sagrados. Postrábanse todos, y el obispo rezaba por ellos una breve oración. Entonces el diácono, hablando por los penitentes que permanecían postrados, y con la voz embargada por los suspiros, gemidos y lágrimas, decía al obispo que había llegado la hora de la clemencia; traía á la memoria los misterios que se renovaban en aquellos santos días, para recordarle que Dios no quiere la muerte del pecador que vuelve á él por medio de una verdadera conversión, y que se trataba de la liberación de unos muertos á quienes Jesucristo se había dignado volver la vida. El obispo, satisfecho de las disposiciones de los penitentes, les hacía una plática, y pronunciaba en seguida la fórmula de reconciliación. Terminada la ceremonia, los recién absueltos se colocaban entre los fieles, oían misa, y participaban con ellos de los santos misterios; porque en aquellos tiempos, y aun muchos siglos después, todos los fieles acostumbraban á comulgar el día de Jueves Santo. ¡Cuán dignos de alabanza son los que se muestran fieles á esta piadosa costumbre¹!

Después de la absolución, se da principio á la misa. En la Epístola, san Pablo recuerda á los cristianos las disposiciones con que deben recibir la Eucaristía; y en el Evangelio, san Juan nos da á conocer el amor inmenso y la indecible humildad del Hijo de Dios, mostrándonosle postrado delante de sus Apóstoles y lavándoles los pies. Humildad y caridad, estas son las dos grandes lecciones que nos da, y las dos esenciales disposiciones para la comunión. Durante la misa se afectúa desde el siglo VII la magnífica ceremonia de la bendición de los santos óleos, que en cuanto al fondo se remonta hasta los tiempos apostólicos². En vano se buscaría en otra

¹ Tomás. *Fest.* lib. II, c. 13.

² *Benedicimus autem et aquam Baptismatis et oleum Unctionis, imo ipsum etiam qui Baptismum accipit. Ex quibus scriptis?* Nonne à tacita secretaque

parte cosa alguna mas solemne é instructiva que esta ceremonia¹.

El obispo celebrante se sienta delante de una mesa puesta en el centro del santuario. Varios diáconos y subdiáconos traen y colocan enfrente del pontífice unas grandes urnas que contienen los óleos que se van á santificar y bendecir: óleos santos destinados para los niños que nacen y para los enfermos que agonizan, para la ordenación de los sacerdotes y para la consagración y coronación de los reyes; óleos santos con que somos ungidos al entrar en el mundo y al despedirnos de él; *santo crisma* en el Bautismo y en la Confirmación, *Extremaunción* en la hora de la muerte.

Cuantas veces he asistido á la bendición de los santos óleos, he experimentado una profunda sensación al ver como el obispo ora para hacer descender sobre ellos el Espíritu de Dios. Preguntábame yo mismo: ¿Quién de nosotros será ungido primero con este óleo? ¿Será un hermano? ¿un amigo? ¿ó seré yo mismo tal vez? ¡Ah! cuando tales ideas penetran en nuestra mente, las ceremonias de la Iglesia nos parecen dos veces santas: las reflexiones graves son hermanas de los pensamientos saludables².

Para la bendición del *santo crisma*, el obispo debe estar asistido por doce presbíteros, párrocos todos, si es posible, para representar mejor los doce Apóstoles, y de siete diáconos y otros tantos subdiáconos, á fin de recordar aquellos tiempos en que el colegio de los ministros sagrados se componía de doce presbíteros, siete diáconos y siete menores, para el gobierno de la diócesis y para el servicio del obispo y del pueblo. El pontífice y los sacerdotes después de la consagración saludan sucesivamente al *santo crisma* y á los santos óleos, diciendo: *Salve, santo crisma*, etc. Esta salutación, ya sea que se entienda dirigida al Espíritu Santo, santificador de todas las cosas, ó que se considere como una simple demostración de respeto hácia las cosas santificadas, es muy propia y adecuada á las circunstancias. Es un modo de hablar figurado, mucho mas expresivo que el simple lenguaje usual. Por lo demás, la ceremonia de la bendición de los santos óleos, venerable por sí misma, lo es también por su antigüedad, pues ya se halla mencionada en el Sacramentario de san Gregorio el Magno.

traditione? (S. Basil. *Lib. de Spirit. Sanct.* c. 27; id. Bened. XIV, p. 134, n. 61).

¹ Léase el Pontifical, donde se hallarán una serie de pormenores á cual mas útil é interesante. Véase también Durand. lib. VII, c. 74.

² *Cuadro poético de las fiestas*, pág. 133.

V. Monumento. — Acabada la bendicion de los santos óleos, el obispo vuelve al altar, y tomando la hostia que ha consagrado para el día siguiente, la lleva en procesion bajo pálio y con gran pompa á la capilla del *monumento*. Este monumento, adornado con toda la magnificencia posible, figura el sepulcro en que descansa nuestro divino Redentor, y los fieles lo visitan para honrar al Hijo de Dios que murió por librarles de la condenacion eterna.

La visita de los monumentos no ha de hacerse á modo de paseo, sino grave y silenciosamente, y de manera que toda nuestra actitud respire piedad y cierta suave y religiosa melancolia. Al llegar al pié de un monumento, es menester que abramos de par en par nuestro corazón en presencia del divino Salvador. Digámoste entonces: Dios mío, os doy gracias por haber instituido para mí bien la santa Eucaristía y haberme admitido tantas veces á su participacion; tambien os doy gracias por todos los favores que en este mismo templo me habeis dispensado á mí y á todos los fieles que han asistido á él desde su edificacion. Os pido perdon de todos los agravios que habeis recibido en vuestro augusto Sacramento, y de las irreverencias que yo y los otros hemos cometido en esta iglesia.

De las hostias que se consagran el Jueves Santo se reserva una, como hemos dicho, para la comunión que el sacerdote debe hacer el día siguiente; porque el Viernes Santo no se celebra misa: solo se rezan las últimas oraciones, suprimiendo la consagracion. Esta parte del sacrificio se llama *misa de los Presantificados*, esto es, misa en que se consume la hostia consagrada el día anterior, y su origen asciende hasta los primeros tiempos del Cristianismo. La Iglesia se abstiene de celebrar misa el día de Viernes Santo para demostrar su tristeza, y fijar toda la atencion de sus hijos en el sacrificio del Calvario.

Despues de la misa, se desnudan los altares quitándoles todos los ornamentos, en cuyo estado permanecen hasta la tarde del Sábado Santo. Estas tristes ceremonias nos pintan la profunda afliccion de la Iglesia, la desnudez de Jesucristo en la cruz (porque el altar ha sido siempre la figura de Cristo), la humillacion de su gloria, y el acto de rasgarse el velo del templo. Para el que tiene verdadera fe, esta ceremonia vale por todo un libro de enseñanzas y meditaciones.

Tambien se lavan los altares con vino y agua, y esto con dos objetos, primero para conservar la debida limpieza y decencia, y se-

gundo, para recordar que el cuerpo de Jesucristo fué bañado en la cruz con sangre y agua. Para significar mejor este misterio, al tiempo de lavar los altares se reza uno de los salmos penitenciales ó una oracion análoga de la Pasion ¹.

VI. Lavatorio de los piés. — El magnífico officio del Jueves Santo termina con el lavatorio de los piés. Está escrito que el Salvador, al tiempo de instituir el sacramento de la Eucaristía se humilló hasta lavar los piés á sus discípulos, diciéndoles en seguida: *Vosotros me llamais Maestro y Señor; y bien decís, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los piés, vosotros tambien debeis lavar los piés los unos á los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais* ². Dócil á la voz del divino Maestro, la Iglesia ha observado al pié de la letra este precepto de practicar la humildad ejerciendo los mas humildes servicios. Los primeros cristianos lo observaron al principio, no solo para conservar la memoria de lo que habia hecho el Salvador, sino tambien con la idea de ejercer un acto de caridad. De ahí la costumbre universal y sagrada entre ellos de lavar los piés á los huéspedes.

Mas adelante, habiendo dejado de practicarse esto, la Iglesia, para que no se perdiere una costumbre tan piadosa é instructiva, la adoptó convirtiéndola en otro de sus ritos, destinado á perpetuar entre las futuras generaciones la accion de nuestro Señor. En consecuencia dispuso que sus principales ministros lavasen los piés á los individuos del Clero en representacion de los Apóstoles, ó bien á los pobres como personas propias para ejercer con ellas la humildad, que nos recomendó el Señor con aquel acto de humillacion.

Hé aquí el origen de la sublime ceremonia que desde muchos siglos contempla el mundo el día de Jueves Santo. Las personas mas augustas y sagradas, papas, obispos, emperadores, reyes, reinas, se postran delante de algunos pobres, les lavan los piés y se los besan respetuosamente, teniendo á grande honor el imitar de esta suerte el ejemplo del Hombre-Dios. Si un romano antiguo volviese al mundo y presenciase tal espectáculo, ¡cuán grande no seria su admiracion! Acostumbrado como estaba á mirar á los pobres como anos seres despreciables, ¡qué confusion fuera la suya al ver á los

¹ Durand. lib. VI, c. 76.

² Joan. XIII, 13, 14, 15; Bened. XIV, pág. 126, n. 49.

monarcas postrados á sus piés! Esta simple ceremonia nos prueba que entre nosotros y los paganos, entre nuestras ideas y las suyas, el Cristianismo ha puesto una distancia infinita.

La ceremonia del lavatorio de los piés se llama vulgarmente el *mandato*, cuyo nombre se deriva, ya sea del mandamiento que el Salvador impuso á sus discípulos diciéndoles que hicieran entre sí lo que él habia hecho con ellos, ó bien de la antifona *Mandatum novum do vobis: Un nuevo mandamiento os doy*, que se repite entre los versículos del salmo que se canta durante la ceremonia. En esta misma antifona se contiene otro mandamiento mucho mas importante que el lavatorio de los piés, cual es el que el Salvador dió á sus discípulos cuando les dijo que se amasen los unos á los otros como él les habia amado, precepto peculiar de la religion cristiana, que nos comprende á todos. Así pues, es menester que el día del Jueves Santo, mas que en ninguna otra ocasion, nos preguntemos con toda la sinceridad de un hombre que trata de escudriñar su conciencia: ¿Amo á mis hermanos como me ha amado Jesucristo? Si vuestro corazón vacilase en responder, y sobre todo si manifestase algun rencor, alguna aversion voluntaria, ¿cómo tendríamos valor de acercarnos á Aquel que dice: *Si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y vé primeramente á reconciliarte con tu hermano; y entonces ven á ofrecer tu ofrenda*¹?

Tal es el oficio de la mañana del Jueves Santo, que, como hemos visto, rebosa en alegría y amor. El de la tarde, llamado *oficio de las Timieblas*, como el de la víspera, consta de las mismas partes que éste, y vuelve á sumirnos en la tristeza y el dolor.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber instituido la santa Eucaristía, y os pido perdón de no haberme preparado dignamente á su recepcion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, haré cada mes un acto de desagravio á nuestro Señor sacramentado.

¹ Matth. v, 23, 24.

LECCION XXXVI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Viernes Santo.—Objeto del oficio de este dia.—El Viernes Santo en Jerusalem.—Division del oficio.—Dos lecciones de la Escritura y Pasión.—Retrato de nuestro Señor (nota).—Oraciones solemnes ó sacerdotales.—Adoracion de la cruz.—Ejercicio útil para la tarde.—Las siete palabras del Salvador.

I. Viernes Santo.—¡ El viernes Santo! Al oír esta palabra, oprimese el corazón del verdadero cristiano, sus miembros todos se hielan de santo terror, y su imaginacion le traslada á pesar suyo á la cumbre del Calvario. Ved cómo se acerca en confuso tropel un populacho, digo mal, un pueblo, pues hay entre la multitud magistrados, sacerdotes, canosos ancianos mezclados con mendigos, mujeres y niños, todos los cuales suben tumultuosamente la montaña empujándose, atropellándose unos á otros para poder estar mas cerca del patíbulo y contemplar mas á su sabor las angustias de la Víctima. Ved aquí ahora la Víctima que sube con paso lento, debilitada por la pérdida de la sangre y el rigor de los tormentos. Dos malhechores andan á su lado, llevando sobre sus hombros el instrumento del suplicio á que han sido sentenciados. Si quereis saber cuál de los tres condenados es el Justo, no teneis mas que observar la particular severidad con que se le trata: lleva la cabeza coronada de espinas, cubierto el rostro de sangre é infames salivas, y es el blanco de los sarcasmos é improperios de la multitud.

¡ Y sin embargo, este que veis es Jesús, que pasó haciendo bien! Y entre esa muchedumbre de espectadores ansiosos de contemplar su suplicio, hay muchos á quienes ha dado relevantes pruebas de su inmensa bondad: á uno quizás le ha resucitado el padre, la madre ó la hermana; á otro le ha curado un criado ó un amigo, y á todos ha prodigado los tesoros de su divina sabiduría. Es aquel Jesús que apenas hace cinco dias entraba triunfante en Jerusalem, precedido de esa multitud que atronaba los contornos del monte de los Olivos clamando: «¡ Gloria al Hijo de David!